

“La representación mediática es eminentemente política”



Florencia Saintout es Doctora en Ciencias Sociales, investigadora y Decana de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. Es una de las intelectuales más relevantes del campo de la comunicación en la Argentina y Latinoamérica.

María Graciela Rodríguez
Doctora en Ciencias Sociales.
Docente e Investigadora.
Profesora Asociada, IDAES,
UNSAM y FSOC, UBA.

Alejandra Cebrelli
Doctora en Humanidades.
Docente e Investigadora.
Directora de la Carrera de
Ciencias de la Información, Facultad
de Humanidades, UNSa.

La reflexión de Saintout sobre los modos en que se representa la juventud en las tramas mediáticas y su labor en territorio con jóvenes de diferentes sectores respalda un trabajo importante de muchos años. En esta entrevista, aborda los problemas de la politicidad y de las representaciones sociales, como un modo de mirar. Intelectual y políticamente, Saintout es una voz necesaria para pensar los problemas comunicacionales en el nuevo milenio.

El problema de las representaciones sociales suscita cada vez más interés en, por ejemplo, mesas temáticas de congresos o tesis doctorales; sin embargo, hay teóricos que proponen otras categorías afines con diversos argumentos y desde diversas disciplinas de las humanidades y de las ciencias sociales: imaginarios sociales, figuraciones y motivos visuales, articulaciones, etcétera, sobre todo para analizar sus relaciones con la filosofía política, la opinión pública y las democracias. Desde tu doble rol de mujer comprometida con la práctica (y con la reflexión) política pero, a la vez, de académica especializada en comunicación y medios, ¿considerás que la representación política funciona como la mediática? ¿Cuáles serían esas coincidencias o especificidades?

Las representaciones nos interesan en tanto constituyen sentidos sobre el mundo y sobre nuestros modos de estar juntos. En ese aspecto, pienso que funcionan en térmi-

Artículo:
Recibido: 25/03/2013
Aceptado: 11/08/2013

Entrevista a Florencia Saintout



nos similares. Al mismo tiempo, nuestra mirada desde los marcos histórico-sociales impide la posibilidad de ver cualquier acontecimiento de la vida social por fuera de “la política” y “lo político”. De esta manera, la representación mediática es eminentemente política, por ello debe considerarse en estos términos. Fue Eli-seo Verón quien construyó un andamiaje teórico para pensar el

discurso político como una especificidad a ser observada con categorías particulares. Hoy es el mismo autor que trabaja para Clarín e incluso representa sus intereses ante la Corte Suprema de Justicia. Creo que en ese gesto se resume la congruencia de ambos campos.

Teniendo en cuenta la afirmación respecto de que la representación mediática es eminentemente política, son de resaltar tus investigaciones sobre los modos de representación de los jóvenes en los medios de comunicación. Por ejemplo, en un libro reciente hacés una interesante discriminación entre tres tipos de representaciones que llamás “los exitosos: casi ángeles”, “los desinteresados: los perdidos” y “los peligrosos: los desangelados”. Ahora bien, los primeros son representaciones de la ficción y los otros dos aparecen en superficies periodísticas/informativas. ¿Creés que la diferencia entre géneros incide en las diferencias encontradas? ¿Pensás que podría haber alguna relación entre esas diferencias y las lógicas de producción y de reglas de género?

Si bien es cierto que las representaciones sobre los “casi ángeles” se construyen fuertemente desde las narrativas ficcionales, no es menos cierto que desde otros géneros también se presenta a estos jóvenes con ciertas características compartidas como modelo del éxito. En ese trabajo que mencionan presento el ejemplo del discurso informativo en la construcción de ese joven modelo desde las revistas dominicales o en la “nota de color” del noticiero: el chico que es buen alumno a pesar de vivir en la extrema pobreza o por cuidar a sus abuelitos.

No obstante, la representación de los jóvenes como exitosos tiene que ver, fundamentalmente, con los géneros ficcionales. Posiblemente esto tenga que ver con la capacidad diferencial de los géneros para construir esos modelos (y de los pactos de lectura que establecen con sus públicos). Es probable que desde la novela juvenil o la publicidad sea más fácil (o más efectivo) identificar a esos jóvenes deseables con determinadas características físicas, preocupaciones y consumos. El informe periodístico puede retomar y construir ciertos discursos socialmente compartidos sobre (fundamentalmente) los jóvenes de sectores populares, identificándolos con ciertas estéticas, consumos y prácticas, y la violencia.

Si bien estas representaciones aparecen con más frecuencia en los distintos géneros y eso tal vez tenga que ver con las características, las estéticas y las lógicas de producción de cada uno de éstos, esos modelos de jóvenes se construyen en ambos registros.

Últimamente te has estado dedicando a re-pensar y proponer, una agenda “re-situada” en los estudios en comunicación y cultura, donde el vector de la política es central. Una de las características, que resaltan en esta agenda reubicada en ese contexto, es la intención fuerte de conciliar [o re-conciliar] la matriz de la economía política de la comunicación [propiedad de los medios, flujos transnacionales de capitales, difusión de la idea de la Sociedad de la Información, los medios como actores políticos de peso pleno, entre otros], con una matriz más “culturalista”, que emerge con mucha claridad, en especial en tu trabajo sobre los jóvenes en los medios. ¿Es intencional esta



voluntad de reconciliar estas dos líneas de la comunicación, dado que históricamente parecen haber podido dialogar poco y nada?

Creo que esa separación dentro del campo académico ha sido un tanto forzada y antojadiza. Por supuesto que los extremos de cada matriz son irreconciliables y en algún punto se niegan entre sí. Quiero decir: de un lado, quienes piensan que sólo es posible pensar la comunicación desde los medios en tanto empresas, etcétera. Del otro lado, las posturas que abordan sólo los problemas comunicacionales micro de la vida cotidiana, negando la importancia política y económica de los medios y su influencia en la construcción de relatos que nos definen y nos atraviesan permanentemente en nuestras sociedades mediatizadas.

Recuerdo un texto de Lawrence Grossberg en el que presentaba esta discusión entre economía política y estudios culturales, en el que plantea algo así como que los estudios culturales no rechazan la economía política sino cierta forma de hacer economía política. Lo mismo ocurre en sentido contrario. Entonces, en algunos casos el problema no sólo es cuáles han sido las preguntas sino cómo se las han respondido.

Sin embargo, hay una serie de territorios, de preguntas, de preocupaciones que estas dos líneas de investigación (si es posible distinguirlas en nuestro campo tan tajantemente) comparten, y que resulta (o resultaría) muy enriquecedor abordar desde esas tradiciones teóricas y con una caja de herramientas más consistente. Y en el punto en el que esas preocupaciones se cruzan con más claridad es en la política. En los dos casos el reduccionismo, más allá de imposibilitar un abordaje complejo de las problemáticas comunicacionales, impide inscribirlas en una pregunta por el poder y por la historia; en una preocupación política.

¿Cómo es posible pensar, por ejemplo, la política comunicacional del gobierno nacional respecto de los programas como Conectar Igualdad? Pienso en los *spots* audiovisuales. En estos lugares, entiendo que esas tradiciones teóricas pueden dialogar y es necesario que lo hagan. No es posible abordar las políticas comunicacionales del Estado Nacional en torno de programas como Conectar Igualdad sin un abordaje desde las tecnologías de la comunicación, las políticas de comunicación, las legislaciones, la estructura comunicacional estatal; pero también es necesario hacerlo a partir de una pregunta por las juventudes, sus representaciones, la subalternidad, las construcciones de sentidos en torno de esos materiales, etcétera.

Lo mismo ocurre con la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual. No se trata sólo de una cuestión legal, ni meramente económica o técnica sino también política, histórica, social y cultural. En la Ley están los grandes medios concentrados pero también los estatales y sin fines de lucro, los pueblos originarios, los niños, niñas y adolescentes, las minorías, la iglesia.

Ahí es necesaria la reconciliación, si es que en algún momento estuvieron juntos y se separaron.

Esta agenda re-situada de la que hablamos, es en tu perspectiva claramente una agenda política. ¿En qué medida creés que la comunicación debe apropiarse de esta agenda? ¿Es una asignatura más que “pendiente”, dejada de lado? Quizás sea necesario regresar a los tiempos del NOMIC y de la “orquesta de voces”. ¿Estás de acuerdo? ¿Y cuáles serían los aportes específicos de las investigaciones en comunicación en esta agenda? ¿Podrías dar ejemplos concretos?

Es un tanto difícil pensar estas cuestiones en términos absolutos, pero es cierto que hay ciertas discusiones que durante mucho tiempo fueron dejadas de lado. El neoliberalismo

Entrevista a Florencia Saintout



lismo, sin dudas, impactó en las discusiones teóricas, epistemológicas. La academia no ha sido una isla durante el neoliberalismo. Ese corrimiento en términos generales de la política al mercado, también tuvo sus consecuencias en el campo académico.

El debate sobre la relación entre comunicación y política, y comunicación y poderes estuvo ausente durante muchos años porque

el momento histórico no lo permitía. Pero, de la misma manera que las discusiones académicas no estuvieron aisladas durante el neoliberalismo, hoy no lo están respecto de este proceso histórico y lo que se está discutiendo en toda la sociedad.

Esa idea de volver a los tiempos del NOMIC es muy interesante, porque allí estaba claro que existía un poder y un orden absolutamente injusto, que era posible y necesario modificar. Más allá de todas las discusiones que podamos dar respecto de cierta concepción instrumental o la inobservancia de algunos procesos culturales, lo cierto es que como trasfondo subyacía la idea de una comunicación para la emancipación. Durante la hegemonía neoliberal se consolidó una afirmación: la de que la política y la historia han concluido, que han llegado a un lugar del cual es imposible moverse y en la que lo único que nos queda es aceptar ese orden.

La cuestión del poder pasó de pensarse desde las lógicas de la dominación/emancipación hacia las metáforas rizomáticas, oblicuas, donde el poder, al ser una dimensión de todo lo social, está en todas partes y en ninguna. Sobre todo no está para ser combatido. Este adelgazamiento de la problematización del poder estuvo anclado en la idea de que el poder ha dejado de ser demoníaco y material para ser fluido, ambulante, creativo y subjetivo.

En este tiempo histórico es necesario no clausurar en la agenda de investigación de nuestro campo las consecuencias de relaciones de poder profundamente desiguales, que no circulan todo el tiempo, de las que no se puede entrar y salir cuando a uno se le da la gana, y que poco tienen de fluidas y de redes anestesiadas.

Podríamos pensar todo lo ocurrido alrededor de la Ley 125. Me resulta interesante por lo actual y por las implicancias que ha tenido. Se habló muchísimo sobre las fallas comunicacionales del gobierno. Eso es un aspecto de la gestión de políticas públicas estructurales, pero el árbol no puede tapar el bosque. Las fallas comunicacionales son un aspecto, pero hay un problema que compete al campo de estudios de la comunicación y tiene un impacto aún mayor: las significaciones imaginarias. En este caso, el principal factor fueron los imaginarios, las asociaciones de la patria y la Nación en una identificación directa con "el campo" fue un factor determinante para la construcción del conflicto y para la movilización de un colectivo que entendía esa causa como una causa común por la cual luchar. Las dimensiones mediático-comunicacionales son un factor trascendente, pero esas narrativas dialogan con unas condiciones socio-simbólicas que debemos atender. Como planteamos anteriormente, nuestras discusiones epistemológicas exigen nuestra mirada puesta en ambas dimensiones de la construcción de los sentidos.